



HARRY CAREY
(CAYENA)

EL
CABALLERO
DEL OESTE

25cts



C. ANN, EDWARDS C.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

NÚM 69

El caballero del Oeste

(CAVALIER OF THE WEST, 1934)

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el célebre actor

Harry Carey (Cayena)

WALTER HUSTON

Narración de AGUSTÍN PIRACÉS

Exclusivas SELECT FILMS

Valencia, 228

Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Comenzaba el siglo XX. En aquella época, que hoy nos parece ya tan lejana de 1900; todavía las llanuras del Oeste americano se veían frecuentadas por tribus de pieles-rojas que vivían su vida libre, sin haber sido limitada su actividad a los parques de reserva, donde se conservan apenas algunos ejemplares como si formasen parte de alguna colección zoológica. Alternaban con los vaqueros y extraían el oro de las arenas de algunos yacimientos, trocándolo luego por botellas de *agua de fuego* para los hombres y collares de vistosas cuentas de vidrio para sus *squaws*.

Pero si la heroica y desdichada raza de Stting Bull alegraba con su pintoresca vestimenta y sus típicas tradiciones la uniforme monotonía del paisaje de la pradera americana, también lo ensombrecía la presencia de numerosos individuos de raza blanca que, viviendo al margen de la ley, se dedicaban a saquear y robar a los pobres indios, que menos organizados y provistos de armamento inferior al que utilizaban los *rostros-pá-*

lidos, se defendían con dificultades de sus infames expoliaciones.

El llamado *Valle Encantado* era uno de los lugares que con más frecuencia servían de escenario a las fechorías de aquellos desalmados.

El Gobierno acabó por alarmarse y mandó al *Valle Encantado* a un hombre enérgico y decidido, John Allister, militar bravo y pundonoroso que tenía del deber un elevadísimo concepto.

Cierta mañana, John había salido, montado sobre su caballo, a practicar un reconocimiento, acompañado de varios policías, cuando llegaron hasta sus oídos los estampidos de varios disparos de arma de fuego.

—¡Hola! — se dijo —. Pelea tenemos. ¿Qué será eso?

A galope, él y sus compañeros, llegaron hasta el lugar donde resonaban los disparos.

Pero ya era tarde.

Un grupo de bandidos había sorprendido a una caravana de pieles-rojas que acudían a la ciudad a vender una regular cantidad de arenas auríferas.

Los guerreros de Manitu iban provistos de carabinas, pero llevaban balas de plomo y los bandidos disponían de proyectiles del último modelo.

La batalla, desdichadamente, terminó con la dispersión completa de los indios supervi-



La heroica raza de Sitting Bull alegraba con su presencia la pradera americana.

vientes, que hubieron de abandonar en manos de los bandidos el oro que iban a vender, así como sus caballos.

Cuando los pieles-rojas acababan de emprender la fuga, llegó Allister con los suyos al campo de batalla.

Tres bandidos, a caballo, se disponían a reemprender la marcha. Los otros ya se habían alejado.

—¿Qué ha sido ese tiroteo, Slim?—preguntó Allister a uno de ellos.

—Unos pieles-rojas que nos han sorprendido y nos querían robar los caballos.

—A ver, William—dijo John, dirigiéndose a otro de los bandidos—. ¿Quiere apearse de su caballo y venir aquí con él?

El bandido no tuvo otro remedio que obedecer.

—Y usted, Anderson, tenga la bondad de hacer lo propio, así como Slim.

Una vez los tres bandidos hubieron desmontado, Allister se acercó al caballo que montaba Slim.

Iba a examinarlo, cuando de entre la espesura surgió un piel-roja.

—¡Oyé favorablemente mis palabras, hombre blanco!—le dijo—. Estos hombres que tienes aquí a la vista tienen la lengua partida como las culebras y mienten como las viejas embusteras. Nosotros no hemos sorprendido a nadie, ni hemos robado a nadie. Al contrario. Hemos sido nosotros los sorprendidos, y nos han quitado todo el metal amarillo que llevábamos, así como los caballos...

—Espérate un instante, bravo guerrero—repuso Allister. Y dirigiéndose a Slim:

—¿Qué edad tiene el caballo que usted montaba?

—Tres años.

John, que en cuestiones equinas era una au-

toridad de primera fuerza, examinó los incisivos del animal.

—¿Tres años, ha dicho usted?—repitió.

—Sí, señor.

—¡Pobre animal! Para ser tan joven, tiene la dentadura en bastante mal estado... Habrá que hacerle poner dos muelas de oro, un puente, y empastarle un colmillo... ¡Ah! Dígame, Slim: ¿tiene marcas su caballo?

—Ninguna.

—Pues, entonces, ya sé que me hallo en presencia del más desvergonzado embustero de la comarca. ¡Este caballo tiene de seis a siete años, y va marcado con un hierro indio; ¡Quedan todos ustedes detenidos! Y tú, guerrero rojo, ya puedes coger estos tres caballos y devolverlos a tu tribu, porque bien demostrado está que os los han robado. Y en cuanto al oro, una vez les registramos, os lo devolveremos si lo podemos recuperar...

II

“William, Slim y Anderson, detenidos. Avisen Burgess que no habrá más ganado para vender, por el momento. Y que si aparece por el rancho de Fernández un capitán del ejército llamado Allister, que hace poco anda

con gente a sus órdenes por el *Valle Encantado*, que recele de él. Atención y prudencia.”

Así decía el mensaje que uno de los bandidos que lograron escapar de la persecución de Allister, envió a otro de sus compinches, que habitaba cerca de la hacienda de Fernández.

Era ésta una de las mejores de la comarca, y su más preciado tesoro era la hija del dueño, una linda morena llamado Dolores, por la que bebían los vientos casi todos los mozos de veinte millas a la redonda.

Como lo había previsto el bandido que huyó, John Allister fue a dar con sus huesos en el rancho de Fernández.

Ello no tenía nada de particular.

Fernández tenía un capataz, llamado Burgess, capaz de hacer las delicias del patrón más exigente.

Este Burgess, a quien ya hemos visto mencionar en el mensaje de los bandidos, era el que les compraba, a sabiendas, todos los caballos robados.

El buen Fernández se asombraba de que su rancho se hubiese convertido en centro de contratación de la raza equina, y todo por obra y gracia de su capataz, que adquiría para su dueño, a precios irrisorios, corceles de magnífica estampa.

Tal desinterés parecerá raro en un hombre que, si de hecho no era un ladrón, tenía



Allister fué a dar con sus huesos en el rancho de Fernández

con ellos, cuando menos, una cierta complicidad. Pero todo se lo explicará el lector si le decimos que Burgess estaba perdidamente enamorado de la bellísima Dolores Fernández, y que para llegar a casarse con ella hubiese llegado al más supremo de los sacrificios.

El capitán Allister fué muy bien recibido por Fernández y su hija.

—¿Viene usted a comprar caballos?— preguntó ella.

—Sí, señorita, si los ejemplares me gustan y quedamos de acuerdo en el precio con su señor padre... cosas ambas que estoy seguro podré contestar afirmativamente muy pronto.

—Bien—dijo la joven, riendo—. Y también contestará usted afirmativamente a una tercera, ¿no?

—¿Cuál?

—Que asistirá usted a la fiesta que estoy organizando en la hacienda...

—Con mucho gusto, señorita Dolores. ¡A ver quién contesta negativamente a una invitación tan amable, que florece en labios tan bellos y...

—Capitán, por favor... ponga usted coto a las galanterías, que si le oyera Burgess...

—¿Quién es Burgess?

—El capataz del rancho, que a todas pasadas quiere casarse conmigo... y yo a todas pasadas, me quiero casar con cualquier otro que no sea él.

El diálogo fué interrumpido por la llegada de algunos de los hombres de Allister que venían a avisarles que los indios tenían preparada una nueva remesa de arenas auríferas para trasladarlas a la ciudad.

—Que no vayan solos—repuso.

Y ordenó que se les diera escolta. Pero, a las pocas horas, vinieron a avisarle que nuevamente los bandidos habían sorprendido a los pieles-rojas, robándoles.

—Pero, ¿cómo ha sido eso? ¿Y los nuestros?

—Los nuestros se retrasaron, y cuando llegaron al punto donde habían de unirse con los indios, éstos ya habían sido sorprendidos por los foragidos.

—Mal asunto—replicó Allister—. Esto se pone feo. Los guerreros de Manitu son capaces ahora de levantarse contra los blancos... y entonces sí que vamos a bailar todos de lo lindo.

—Es que eso no es todo.

—¿Qué más hay?

—Que Slim, Anderson y William han huido de la cárcel.

—¡Cuernos! Aquí hay gato encerrado. No comprendo cómo en tan poco espacio de tiempo han podido ocurrirnos dos fracasos tan resonantes como estos. Bien. Reflexionaré sobre el asunto y, de momento, como estoy autorizado por mis superiores, proclamaré la ley marcial y aplicaré la justicia militar, por procedimiento sumarísimo y sin apelación, al primero que me caiga bajo la mano. Y si hago un escarmiento serio, ¡a ver si los demás se lo tienen por dicho!

III

Allister corrió inmediatamente a ver a uno de los policías que tenía a su servicio.

—Greely—le dijo—, sólo tres hombres sabíamos por dónde iban a pasar los indios. Tú, el jefe de la fuerza y yo. Y los indios han sido sorprendidos...

El interpelado levantó la vista y replicó a su superior:

—No puedo admitir sospechas de esa índole, y si no me dais una explicación, capitán, dimito.

—No se trata de dimitir, sino de averiguar cómo ha sido que se ha divulgado ese secreto. Y cómo han podido huir los tres bandidos a quienes capturamos hace días robando caballos.

—¡Estoy cansado de hacer de policía!—gritó Creeley por toda respuesta.

—Pues, procura recobrar las fuerzas para seguir desempeñando tu cargo hasta que todo esto se ponga en claro. Y entonces, si no te gusta la carrera, la dejas, que bien libre eres. Pero antes, no.

Y dando media vuelta, el capitán dejó a Greely solo, diciendo para sí:

—Este Greely se me está haciendo sospechoso... Y no sé si es porque Dolores me

gusta una barbaridad, que el Burgess ese de mal agüero me gusta muy poco...

Casi a la misma hora en que John soliloqueaba de esta manera, Fernández y su hija sostenían una interesante conversación en voz baja:

—Hija mía—decía el padre de Dolores—. Yo creo que Burgess te conviene. Es honrado, trabajador y muy listo. Ya te acuerdas cómo estaba la hacienda cuando él vino aquí: casi arruinada. Con su propio esfuerzo, intensificó el rendimiento de los cultivos y el negocio de ganado, y en menos de un año, con los beneficios obtenidos se pudieron pagar todas las deudas. Nadie mejor que él puede defender mis intereses, que serán los tuyos el día que yo muera... ¿No te parece, Dolores?

—Sí...—contestó ella, forzadamente.

—Entonces, espero que esta noche, cuando se celebre la fiesta, no te muestres arisco con Burgess, como has hecho hasta ahora...

En aquel instante, el capitán Allister penetró en la estancia donde tenía lugar el diálogo que hemos transcrito anteriormente.

—Muy buenos días, Dolores...—dijo—. Usted, cada día más hermosa... Salud, señor Fernández. venía a solicitar de ustedes un favor...

—No sé de qué se trata—contestó el dueño del rancho—, pero tratándose de usted,

no puedo contestarle más que una cosa: concedido por adelantado.

—Ustedes son muy amables...—murmuró John, inclinándose—. Pues bien: se trata de lo siguiente: mi hermano William Allister, comandante del ejército, llegará dentro de pocas horas, y desearía poderle traer como invitado a la fiesta...

—¡No faltaba más! Tendremos una verdadera satisfacción—repusieron a coro padre e hija.

—¿Viene destinado aquí?—interrogó después Dolores Fernández.

—No... señorita. Viene aquí... con licencia.

La realidad era muy otra.

William Allister, el hermano de nuestro bravo protagonista, había cometido, en el ejército, algunos actos poco recomendables. Y si no llegó a intervenir el consejo de disciplina, fue, sencillamente, gracias al gran afecto que todos los jefes tenían a John Allister.

William había constituido siempre una preocupación para John, y el carácter taciturno de éste no era debido a otra cosa.

* * *

La diligencia en que viajaba William Allister llevaba, además, al pagador de la

compañía, que era portador de una importante suma destinada al pago de la soldada.

Cuando el vehículo llegó junto al recodo que formaba la carretera, a pocas millas de la entrada del *Valle Encantado*, un grupo de bandidos le salió al encuentro, trabando fiera lucha con los viajeros.

William Allister era un hombre bravo a quien no arredraba el peligro.

Se defendió como un león, y cuando vió que todo estaba perdido, se acurrucó en el fondo de la diligencia, logrando de este modo que los atracadores le creyesen muerto.

Entre éstos, había gente conocida.

Uno de ellos era Burgess, el capataz del rancho de Fernández.

El otro era Greely.

* * *

La fiesta que Dolores Fernández había organizado en casa de su padre se desarrollaba en medio de la mayor animación.

Burgess había querido aprovechar la coyuntura que se le ofrecía declarando su amor a Dolores, mas ésta pasó buena parte de la fiesta bailando con el capitán, cosa que, como el lector comprenderá, irritó violentamente al capataz.

—¿Y su hermano?—preguntó repetidas veces a John Allister.

—No sé... Tarda mucho en llegar — declaró éste, no sin cierta inquietud—. A menos que no le haya ocurrido alguna desgracia...

En aquel momento, oyóse barullo a la puerta de la finca, y unos vaqueros irrumpieron en la sala, trayendo en brazos a William Allister, que acababa de ser descubierto, sin conocimiento, en el fondo de la diligencia saqueada.

IV

John se precipitó en auxilio de su hermano. Examinó sus heridas y observó que éstas presentaban bastante gravedad.

—¡Una ambulancia enseguida!—dijo a uno de sus hombres—. Es preciso trasladar inmediatamente el herido al hospital.

—¿Por qué, trasladarle al hospital?—repuso Dolores—Su hermano puede quedarse perfectamente aquí...

—Si usted me lo permite...—dijo, sinceramente emocionado el capitán.

—¡No faltaba más!—exclamó el dueño del rancho—Su señor hermano se quedará aquí y se le atenderá hasta que sane. ¿No es verdad, Dolores?

—Yo misma cuidaré de ello.

Burgess, al escuchar aquello, torció el ges-

to, pero no tuvo más remedio que contenerse.

Avisaron a un médico, el cual llegó corriendo, y tras muchos esfuerzos, logró que William volviese en sí.

—Ha sido una cosa terrible—explicó—. He ido a reconocer el cadáver de Mac Lean, el pagador, y crea usted, capitán, que esos miserables se han ensañado con él de una manera infame.

—No me sorprende—repuso John, con aire sombrío. Y, bajando la voz, añadió:

—¿Cómo ha encontrado usted a mi hermano?

—Es fuerte, joven y robusto, y no dudo que podremos salvarle la vida.

La fiesta, interrumpida, ya no volvió a reanudarse. Dolores se convirtió inmediatamente en enfermera del hermano de John. Y Burgess, con esa fina percepción que tienen todos los hombres celosos, adivinó que ahora no era Jhon su rival sino William...

Y en su cerebro empezó a bullir un plan maquiavélico para perder al comandante Allister...

* * *

Fué éste mismo quien le deparó ocasión para ello.

Ya hemos dicho anteriormente que la con-



Era un garito donde se reunía gente maleante y se jugaba a los prohibidos.

ducta de William en el ejército no había tenido nunca nada de recomendable.

Mujeriego, borracho y jugador, empezó a destacarse, desde su juventud, por estos tres vicios. Sólo quedaba por aclarar cuál de los tres tenía más arraigado.

En cuanto empezó a levantarse y a salir, se hizo bien pronto cliente asiduo de los peores garitos de la comarca, donde se jugaba

el dinero, armaba juergas y francachelas y cogía borracheras espantosas.

Lo peor de todo era que acostumbraba jugar cuando estaba borracho, y si perdía, que era lo más frecuente, insultaba de mala manera a los puntos.

Y sobrevino la tragedia.

Una noche, John Allister salió muy temprano del rancho, y se fué al puesto de policía, donde se puso a jugar a cartas con el Alguacil. Ausente el capitán, la conversación entre Williams, Dolores y su padre, se franqueó algo más que cuando John se hallaba presente.

No hizo formalmente la petición de mano el comandante, pero la dejó traslucir en el curso de la conversación.

Los tres comensales bebieron un poco más de lo regular, y no hay que decir que William fué el que más se hizo alargar la ración de alcohol.

El padre observó en él alguna ligera inconveniencia, y, hombre de mundo, supo decirle a tiempo:

—¡Qué noche más hermosa! ¡Magnífica, par ir a dar un paseo, eh?

—Sí—repuso William—. ¿Quiere usted venir?

—La humedad del campo me hace daño, amigo. Es que empiezo a tener años... Eso usted, usted, amigo... Y—añadió bajando

la voz—no le vendrá mal, porque anda usted ya un poco *cargadito*...

—Sí, tiene usted razón... Beso a usted la mano, Dolores...

—No vuelva muy tarde, ¿eh?—dijo ella.

—¡Oh! No faltaba más...

William se despidió de la joven y de Fernández, y emprendió recto el camino de una especie de rústico bar que se hallaba enclavado no lejos del rancho de Dolores.

Allí su hermano John había tenido ya más de una disputa con el dueño, por su modo poco correcto de obrar.

Pero el propietario de aquel garito seguía reincidiendo, y allí se jugaba a los prohibidos y se servía alcohol a policías y a militares, cosa que John había prohibido terminantemente.

Dos hombres seguían a William y penetraron en el bar por una puerta excusada, una vez lo hecho por la grande el hermano de John.

Eran Burgess y Greely.

V

Ocurrió lo que tenía que ocurrir. William bebió, jugó, perdió, y finalmente, ya medio atontado por el vino, se colgó del brazo de una bella ocasional que pululaba a la caza

de víctimas por el local, quien se llevó en seguida al comandante a un reservado.

De pronto, oyóse barullo en el garito. Esto no era una cosa que alarmara por demás a la concurrencia, pues las disputas eran allí muy frecuentes. Por consiguiente, la cosa no pasó de los límites de un poco de nerviosismo, hasta que se oyó la voz de la mujer que había entrado en el reservado con William, que sollozaba:

—¡Ha muerto a Manuel!

Manuel era uno de los infinitos aventureros que frecuentaban aquel lugar de malas costumbres y peor concurrencia. Su oficio era ese: armar bronca, andar a navajazos y disparar su Browning por cuenta de quien le pagase mejor. Le habían muerto en la refriega; poca cosa se había perdido. No podía calificarse el hecho de drama: todo lo más, de accidente del trabajo...

Pero aquel hecho, que en el ambiente en que había tenido lugar, muchos lo hubiesen calificado de trivial, adquirió proporciones de sensacionalismo cuando se supo que el autor de la muerte de Manuel, no era otro que el comandante William Allister...

* * *

Era ya muy tarde, y el hermano de John no había regresado al rancho de Fernández.

Dolores estaba extraordinariamente inquieta. Ella también había bebido un poco demasiado, y ahora que en su cerebro se habían disipado los vapores del alcohol, se daba cuenta del estado en que se hallaba William Allister cuando había salido de paseo, después de cenar...

Tal era su inquietud que no vaciló en salir del rancho y correr al puesto de policía donde sabía que estaba John.

—¿Qué ocurre, Dolores?—preguntó éste al verla llegar—¿Pasa algo anormal en el rancho? ¿Se encuentra mal su señor padre?

—No se trata del rancho ni de mi padre... Se trata de su hermano, capitán.

John Allister palideció.

—¿Qué nuevo disparate habrá cometido ese loco!—se dijo. Y, en voz alta, con tono que temblaba ligeramente, añadió:

—¿Qué ha hecho?

—Salió a pasear, después de la cena, y no ha regresado todavía... Había—aquí Dolores se detuvo, apresurándose a rectificar—habíamos bebido todos un poco más de la cuenta...

—Vuélvase a casa tranquila, Dolores...—repuso John, con tono paternal—. Y no se inquiete por mi hermano... Cuando sale, así, un poco... *cargadito* como dicen ustedes, regresa muy tarde...

No del todo convencida, Dolores regresó

al rancho. Pero, a penas ella hubo salido del puesto de policía, John Allister corrió hacia el garito donde sabía que su hermano acostumbra a pasar las noches.

—Le guardo una mala noticia, capitán— díjole Burgess al verle entrar en la tasca—. Su señor hermano acaba de ser detenido... acusado de homicidio. Ha muerto a un concurrente de esta casa, a un dignísimo y honrado obrero, llamado Manuel...

John hubo de hacer un esfuerzo inaudito de voluntad para no saltar al cuello de aquel canalla y estrangularle. Pero se contuvo. Tenía que aparentar la mayor serenidad, si es que quería salvar a su hermano. Y procuró que la calma no le faltara en aquella ocasión.

De pronto, nuestro protagonista se fijó en un individuo a quien no había visto desde hacía días.

—Greely... — se dijo—. ¿Qué debe hacer por aquí?

Una idea súbita acababa de germinar en su mente.

La presencia de Greely allí le daba la clave del misterio.

Tenía la convicción de que su hermano no era el asesino de Manuel. Para salvarle, puesto que todas las apariencias estaban en contra de Wiliam, John tenía que desplegar toda su habilidad y toda su perspicacia.

Dejó a la policía que condujera a la cár-

cel a su hermano, y luego, sin decir nada a nadie, montó sobre su caballo y se internó en la inmensidad de la pradera.

Llevaba agua y provisiones de boca para una semana. A la espalda, su carabina Winchester con ciento cincuenta cartuchos en la canana, y, en el cinto, sus dos pistolas automáticas, provistas de abundantes municiones, amén del largo y afilado cuchillo de caza.

Horas y horas anduvo por la verde llanura, hasta que, a lo lejos, distinguió las tiendas de campaña o *wigwams* de los pieles-rojas.

VI

Los guerreros de Manitu, no tardaron en distinguir a John Allister, Como le conocían muy bien, y había sabido desarrollar cerca de ellos una habilísima política de atracción, le saludaron con gritos de alegría.

No hubiesen obrado de igual forma con cualquier otro rostro pálido que no fuera el capitán, y que se hubiese atrevido a hollar con su planta, calzada de gruesas botas claveteadas, el territorio de la tribu, así denominado pomposamente por los habitantes del Far West, aunque en los planos oficiales del Gobierno figurase con la humillante desig-

nación de parque de reserva. Sus dominios eran sagrados, y sólo a contadas personas que no perteneciesen a la raza india les era permitido el acceso sin restricciones.

John penetró en el interior del poblado, siendo acogida su presencia con exclamaciones de júbilo. A las preguntas que los centinelas que se hallaban de guardia a la entrada de los *wghwams* le dirigieron, pretendiendo inquirir el motivo de aquella visita, el capitán repuso empleando el léxico y el formulismo indios:

—El hombre blanco desea hablar con el gran jefe de los guerreros, el poderoso y valiente “Aguila Blanca”.

El cacique de los indios, que había adoptado tan pomposo nombre al ser elevado a la jefatura de la tribu, hizo pasar inmediatamente a John Allister a su *wghwam*, y le hizo sentar sobre una alfombra, hecha con la piel de un oso gris. Invitóle a fumar el *calumet* de paz y luego le preguntó el objeto de su visita.

En pocas palabras, el capitán le explicó todo cuanto había ocurrido en aquellos días.

—¿Y qué es lo que desea de “Aguila Blanca” su hermano rostro pálido, el noble capitán Allister?

—El capitán Allister — repuso John—, desea que “Aguila Blanca” venga a decla-

mar, rompiendo la tradición india, de no inmischirse en los asuntos de los rostros pálidos, en el juicio contra mi hermano.

—“Aguila Blanca” acudirá a donde le diga su hermano blanco.

—El hombre blanco no esperaba menos de la nobleza del jefe de los pieles-rojas — contestó el capitán—, y ello no tan sólo contribuirá, quizás, a salvar una vida, sino que también tendrá por consecuencia que los bandidos que atacaron a los guerreros rojos y les robaron el oro, queden confundidos y desenmascarados, y reciban el castigo de su merecido.

Dichas estas palabras, Allister se despidió del jefe indio, saltó nuevamente sobre su caballo y, cruzando las praderas, ganó nuevamente el *Valle Encantado*.

Llegó el día de la vista de la causa contra William Allister.

En la sala donde debía tener lugar el acto, se congregó lo mejor y lo peor del *Valle Encantado*.

Lo mejor, porque el procesado era hermano del capitán John Alister, y éste, que gracias a su energía y buen sentido, había pacificado bastante la comarca, era muy querido y respetado por toda la gente honrada.

Y lo peor, porque Burgess, Greely, Slim y Anderson, sentían un placer sádico al ver



En la sala del juicio se reunió lo mejor y lo peor del Valle Encantado.

en el banquillo de los acusados al comandante Allister...

La prueba testifical fué muy desfavorable para el procesado. Nada tiene ello de particular si se considera que los testigos eran todos concurrentes del infecto tabernucho donde ocurrió el suceso, tabernucho, como sabemos todos, donde no se veía casi nunca una persona decente.

En último término declaró la mujer que estaba con William en el reservado donde ocurrió el suceso. Afirmó categóricamente que el comandante había disparado contra Manuel. Pero entonces, John Allister se acercó a ella y le preguntó:

—¿Tenía usted amistad con el procesado?

—Ninguna.

—Es curioso que, así, de buenas a primeras, se fuera usted a beber con él a un reservado... — observó fríamente el capitán.

—En la casa era costumbre... — objetó ella.

—Bien. ¿Usted vió disparar a William Allister?

La mujer vaciló.

—Conteste usted, y tenga en cuenta que existe un dictamen del médico forense, precisando la dirección de la bala. ¿Y sabe usted lo que eso quiere decir?

—No.

—Pues quiere decir... sencillamente, que si lo que usted declara no es verdad, difícilmente coincidirá con lo que afirma el dictamen...

—¡Pues bien! — exclamó ella—. Voy a decir la verdad. Yo me llevé al reservado al comandante Allister porque así me lo pidió Burgess...

Este se quedó mortalmente pálido. John no le dejaba de la vista.

—¿Y, quién disparó?

—¡No lo sé! — gritó la mujer, que estaba excitadísima, porque con sus acertadas preguntas, el capitán la había literalmente acorralado—. Dispararon a través de la puerta...

En aquel momento, en la sala se produjo un revuelo de curiosidad.

Alguien entraba.

Era "Aguila Blanca" que avanzaba, con severo continente, hasta la mesa de los testigos.

—"Aguila Blanca" — dijo entonces John—. ¿Es cierto que el gran jefe de los guereros de Manitu tiene en su poder una de las balas que los bandidos dispararon sobre su gente cuando iban a vender el oro?

—"Aguila Blanca" tiene la bala — contestó el jefe, mostrándola.

John Allister la examinó.

—Calibre 7 — dijo—. Igual al de la bala que mató a Manuel. Ahora bien, señor presidente, señor juez, señores jurados: Las pistolas de reglamento en uso en el ejército, como la que llevaba mi hermano al ocurrir el hecho, son del calibre 7 y medio. Y la única pistola de ese calibre que hay en todo el *Valle Encantado* la usa ese hombre que está sentado junto a Burgess...

Y señaló a Greely, al tiempo que se disponía a detenerle. Pero en aquel mismo ins-

tante, éste y Burgess echaron mano a las armas, comenzaron a disparar y echaron a correr junto con sus compinches hacia la pradera.

—¡Corred, corred! — gritó John Allister. —¡Las balas de mi carabina correrán más que vosotros!

VII

Entonces comenzó una persecución fantástica.

Los bandidos montaban caballos muy veloces, a los que sus jinetes espoleaban duramente. Pero el corcel de John Allister era, también, muy rápido, y no iba a tardar mucho en alcanzarles.

Cuando el capitán tuvo al enemigo a tiro de su carabina, comenzó a disparar sin descanso.

Tenía una puntería muy certera y donde ponía la vista, ponía una bala.

Los primeros disparos fueron mortíferos para el enemigo. Tres bandidos mordieron el polvo, cayendo para no levantarse más, y dos recibieron graves heridas.

Pero Greely, el traidor, era hombre de pelo en pecho, y se dispuso a organizar la resistencia. Sabía que si caía en poder de la

justicia, no habría salvación para él, y esto duplicaba sus energías.

—Burgess — dijo al capataz—. Si no hacemos frente a este hombre, nos va a asar a tiros. Y sería ridículo que nos venciera, estando a nuestro favor la superioridad numérica...

—¿Qué hay que hacer, pues? — preguntó Burgess.

—Dispersarnos, ocultarnos entre la hierba, disparar afinando la puntería, y caer sobre él todos a la vez, formando un estrecho cerco del que no pueda escapar. Si no nos asustamos, la victoria es nuestra.

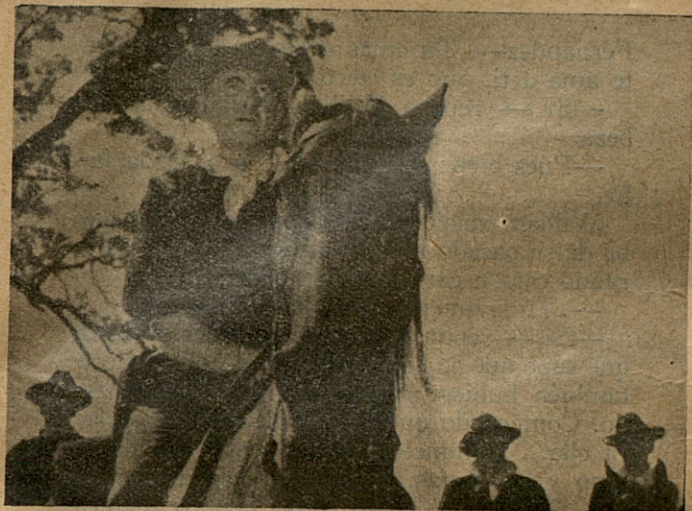
Durante un cuarto de hora, el tiroteo fué intensísimo.

Otros dos bandidos quedaron fuera de combate, pero, a pesar de la heroica valentía con que se conducía John Allister, Greely, Burgess y los suyos lograron coparle cuando ya había agotado las municiones.

—¡Miserables! — gritó—. ¿Qué queréis? ¿Mi piel? Pues bien: vais a tenerla, ¡pero os juro por Satanás que moriré, pero moriré matando!

Y empuñando la carabina por el cañón y utilizando la culata a modo de maza, empezó a descargar golpes sobre sus contrarios, aplastando el cráneo a un foragido que intentó abalanzarse sobre él.

Sin embargo, el enemigo hubiese dado



John Allister volvió otra vez hacia la pradera, hacia el deber, hacia el sacrificio

bien pronto cuenta de él si, cuando más enconada estaba la lucha, no se hubiese oído el galopar de unos caballos, y William Allister, al frente de una sección de policías, no hubiese cercado completamente a los bandidos, que hubieron de rendirse al poco rato.

La victoria había sido completa.

—William — decía pocos días después John Allister a su hermano en la granja de

8.19-26/8

Fernández—. Tu amas a Dolores y Dolores te ama a ti, ¿no es cierto?

—Sí — repuso William bajando la cabeza.

—Pues bien: sé digno de ella, y hazla feliz.

William vaciló un instante. Se avergonzaba de su pasado y de su amor. Y añadió, mirando cara a cara a su hermano:

—¿Tú la quieres, también, verdad?

—Sí — repunso John—. La quería, hasta que supe que se había enamorado de ti. Pero también hubiese renunciado a ser su marido! Comprendo que soy demasiado viejo para ella... Redímete, hermano mío, olvida el vino y las cartas, y las francachelas, y haz por Dolores, William, todo cuanto merece una muchacha tan bella y tan buena como ella...

Los dos hermanos se separaron. William corrió en busca de Dolores y la dijo:

—¿Cómo se dice, en español, para expresar su amor a una joven?

—Se dice — repuso Dolores riendo—, “te quiero mucho y para siempre, mi vida”...

Tras de la puerta, John escuchaba. “Que sean felices”, murmuró, en voz baja, como una plegaria. Y montando sobre su caballo corrió otra vez hacia la pradera, hacia el deber, hacia el sacrificio...

FIN

A L G U N O S

de los grandes éxitos de la actual
temporada que van apareciendo en

Ediciones Biblioteca Films

Paso a la juventud	Jean Kiepura M. Eggerth
Volga en llamas	A. Prejean N. Kovanco
¡Oro!	Brigitte Helm
Los miserables	Harry Baur
Una semana de felicidad.	R. Rodrigo A. Palacios
Bolero	George Raft C. Lombard
Capricho imperial	M. Dietrich
El desaparecido	Rambal
Las cuatro hermanitas. .	K. Hepburn
La casa de Rotschild . .	George Arliss
La princesa de la Zarda.	M. Eggerth
El pequeño rey	Robert Lynen

INDISCUTIBLEMENTE... siempre lo mejor